

Ante la imposibilidad de aceptar que Alfredo Bryce Echenique se fue... ¿Permiso para llorar o permiso para soñar?

Faced with the impossibility of accepting that Alfredo Bryce Echenique is gone... Permission to cry or permission to dream?

Marcos Milla¹

© El autor. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v69i1.8141>

¿Por qué la partida de personas que no son de nuestro círculo cercano golpea a veces tanto? Tan solo un año tras el fallecimiento de Mario Vargas Llosa, enfrentamos ahora el alejamiento permanente de Alfredo Bryce. Su fallecimiento me deja el sentimiento exacto de desolación que experimenté tras voltear la última página de cada una de sus novelas: esta explosión dentro del alma de Julius, tan difícil de manejar; Manongo Sterne optando por el suicidio ante la imposibilidad de una vida con Tere; Carlitos Alegre completamente jodido por meterse con quien no debió; Pedro Balbuena permanentemente atado en lejanía a Fernanda María, y el tan querido Martín Romaña, su vida exagerada y, muy por encima de eso, su relación imposible, evocativa, con la Contessa. Esa sensación tenue pero real de vacío visceral profundo por confrontarnos con todo aquello dejado atrás que sí era importante. No hay otro escritor que me haya sumido en esa *saudade* siempre, completamente. Aplanado, lleno añoranza, embargado de una nostalgia bella y difusa, incluyendo a veces vapores alcohólicos, Bryce es el maestro de hacernos sentir mal, empujarnos a pedalear penosamente una empinada cuesta arriba a través de cientos de páginas solo para terminar tirándonos precipicio abajo. Y aun así, el único sentimiento posible es de gratitud

por ayudarnos a entender nuestros propios ángeles y demonios: nuestra condición.

Alfredo Bryce inaugura dentro del *boom* de la novela latinoamericana, tal vez con Julio Cortázar como su único par, un estilo narrativo neuronal, un *stream of consciousness* más profundo y complicado, por la manera iterativa en que el superyó influye en el yo, en que el relato sigue insistentemente el flujo desordenado, caótico, de los pensamientos en la mente: repetitivos hasta el agotamiento, obsesivos, disociados (*Magdalena peruana*: gran ejemplo). Nos recuerda que ese espacio mental donde nuestras experiencias perceptivas e introspectivas ocurren no está sujeto a parámetros aplicables a una narrativa sincronizada, porque ello violaría cualquier principio de realidad dentro de nosotros mismos. Claro, no hay nada nuevo bajo el sol: hay precedentes de estos extremos de exploración narrativa en Joseph Heller (*Catch-22*), el genialmente esperpéntico William Burroughs (*Naked Lunch*), el abanderado de la libertad y el libertinaje Henry Miller (*Tropic of Cancer* y *Under the Roofs of Paris*), e incluso coetáneos de Bryce como el maestro de la Generación de las Drogas Hunter S. Thompson (*The Rum Diaries*, *Fear and Loathing in Las Vegas*) o una figura clave de la liberación sexual femenina como Erica Jong (*Fear of Flying*, *Parachutes and Kisses* y, sobre todo, *How to Save your Own Life*). Pero la cultura machista patriarcal

¹ Profesor honorario de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. ORCID: 0000-0001-6446-2085



latinoamericana ofrece un territorio diferenciado para conducir por esta vía fractal de presentar una historia y construir un personaje poco explorado por los gigantes que florecieron en ella. Porque la mayoría aborda el consciente del macho masculino patriarcal desde un baricentro fácil, cartesiano, sencillito de diseccionar, con explicación explícita de las relaciones familiares, amicales y culturales, no importa cuán idiosincráticas sean, y estas determinan el comportamiento de los participantes en el relato. Bryce emplea un acercamiento cuasi radiográfico, íntimo, para mostrarnos los engranajes mentales de ese tipo de la generación de nuestros papás, «El Tipo», socio del Club La Unión o El Nacional, con desplazamiento fluido entre el bar Maury en el Centro de Lima y el del Algonquin en Midtown Manhattan. Y lo hace de manera tal que incluso hoy, en nuestra cultura fuertemente supervisada por la corrección política —por razones ciertamente válidas—, continúa teniendo una vigencia pontificia que nos invita a establecer una conexión emocional

muestran en tremendo detalle las muchas maneras en que este gran escritor fue desde el comienzo una diva, una tremenda *prima donna*. Sus antimemorias (desde las cuales podemos sopesar su ego: «antimemorias») nos revelan un personaje más que un carácter; cito a F. Scott Fitzgerald, de manera no textual, en *This Side of Paradise*: hay los que son caracteres, pero algunos se gradúan a personajes. ¡Bryce sin ninguna duda fue eso: un «personaje»! La adulación no le pasó por el costado. Mario Vargas Llosa, con todos los problemas de ego que hubiéramos podido tener con él, tuvo la inmensa consecuencia de romper con el régimen castrista una vez que se dio cuenta, muy tempranamente, de la podredumbre que incubaba. Bryce, muy por el contrario, se plegó convenientemente, se hizo uno más con el *jet set* de Fidel sin ofrecer mayor crítica: lo cuenta en forma fácil, casual, en esas memorias, como quien cuenta la última excursión con familia o amigos a algún lugar exótico y abundante. Es, a decir verdad, un poco nauseante leer sus experiencias en Cuba, pues

narra con sutil sarcasmo mas sin un átomo de contrición el marco espléndido de esa corte tropical, y su feliz participación en ella. Soslaya el hecho de que el Gobierno cubano financió sus estadías en más de una ocasión; la pobreza sufrida por la sociedad en general es tan solo una nota al margen, en lápiz suave. Bryce queda estacionado más cerca de Borges que ningún otro escritor del *boom*.

Pero las inconsistencias, en mi opinión, hacen al gran

Alfredo un verdadero maestro como solo lo es un clásico ruso de la era zarista en relación con nuestra realidad peruana. En primer lugar, sorprendentemente, Bryce no necesita elaborar con minuciosidad alguna hechos para narrarnos una historia muy bien contada y perfectamente contextualizada social e históricamente: nos habla de la *dolce vita* en Italia, la turbulencia social en El Salvador, la Era Velasco en Perú, sin necesitar la detallada investigación que nos ofrecen Vargas Llosa en *La fiesta del Chivo* o *La guerra del fin del mundo*, Jorge Eduardo Benavides en *Un millón de soles*, o Santiago

 **Bryce es tal vez el mejor escritor peruano para contar**, de manera siempre desgarradora y muy difícil de seguir, lo que le pasó. Y es aquí donde sus tres volúmenes de antimemorias nos ayudan a establecer en forma inequívoca la correlación directa entre lo que le pasó y lo que nos ha contado. 

real con estos actores tan anacrónicos: este es el Bryce que siempre voy a recordar como un fenómeno muy singular en la literatura universal, una singularidad, para robar un término de la astrofísica.

Es fascinante ver cómo hay quienes creen que Bryce no se tomaba en serio. ¡Bryce se tomaba más en serio que un Premio Nobel! *Permiso para vivir*, *Permiso para sentir* y *Permiso para retirarme*, tres tomos de memorias sueltas que a veces caen en lo penoso (el último, sobre todo), y el libro pistolero *Humores y malhumores* nos

Roncagliolo en *El príncipe de los caimanes* o *Y libranos del mal*. Bryce nos cuenta, a través de todos estos personajes, que al final son él mismo o un *alter ego*, la experiencia de amar, el dolor infinito de perder al ser amado, la inutilidad de la redención frente a nuestras falencias más profundas y penosas. Me acuerdo de algo que mencionó alguna vez mi hermano Rafael, criticando mi propia prosa: «hay escritores que son buenos para contar cualquier cosa que pasa (Vargas Llosa es un gran ejemplo), hay otros escritores que solo son buenos para contar lo que les pasa». Bryce es tal vez el mejor escritor peruano para contar, de manera siempre desgarradora y muy difícil de seguir, lo que le pasó. Y es aquí donde sus tres volúmenes de antimemorias nos ayudan a establecer en forma inequívoca la correlación directa entre lo que le pasó y lo que nos ha contado, mediante tantas obras tan únicas.

Desafortunadamente, Bryce y mi padre, Carlos Milla Batres, se llevaban muy mal. Mi papá fue muy severo en su juicio (correcto) del desastroso gobierno de José Rufino Echenique, presidente del Perú entre 1851 y 1855, marcado por uno de los grandes escándalos de corrupción del siglo XIX. Bryce no le perdonó esto, lo mantuvo siempre en la Siberia de los intelectuales, sin mencionarlo una sola vez en sus memorias, a pesar de haber publicado su epistolario con Wolfgang Luchting, y de la entrañable relación que los dos tenían con Julio Ramón Ribeyro. De hecho, mi experiencia Forrest Gump con Bryce tuvo lugar gracias a Julio Ramón. La primera edición de su fantástica novela *Los geniecillos dominicales* fue lanzada en 1973. Recuerdo como si hubiese sucedido ayer la presentación de la obra en el local de nuestra librería de la Plaza Francia, situada en el extremo opuesto a Studium; la fiesta «caleta» era a la espalda, en Tambo de Belén, donde se encontraba la oficina de la editorial. Yo estaba allí, con mis escasos diez años cumplidos; recuerdo a Julio Ramón sentado entre Bryce y Washington Delgado, todos con *whiskies*

en las manos (mi papá se preocupaba de siempre servir en estas ocasiones *scotch* caro, no importaba qué). Habiendo sido el corrector de pruebas de la novela, mi familiaridad con el texto era completa y aprovechando un momento de silencio en medio de la nube de tabaco y vahos alcohólicos, me atreví a preguntarle directamente a Julio Ramón: «¿Por qué Ludo Tótem se afeitó heroicamente el bigote? ¿Qué significa eso?». Él me miró muy directamente, invitando a la pausa y el silencio alrededor, y dijo: «Algún día lo sabrás». Alfredo, Washington, mi papá y el resto de los concurrentes, repentinamente enfocados en nuestro intercambio, soltaron una sonora carcajada. Bryce me miró y dijo: «Denle tiempo para descubrir el mundo», lo que generó una ronda de risotadas.

El ámbito de la experiencia personal nos lleva a elegir las formas en que establecemos asociaciones para procesar lo que nos marca, aquello a lo que sencillamente es imposible darle la espalda. Eso, para mí, es tremendamente importante al perder a Bryce: se va un nexo que ha narrado aquello que me ha pasado y me dejó marcado. Me quedo en una orfandad completa que va más allá de la pérdida tremenda de Vargas Llosa el año pasado: me quedo en este espacio en el que Susan, Tere, Octavia e Inés permanecen atrapadas en una cápsula de ámbar, en un viaje hacia los siguientes millones de años. Bryce me habla desde una clase y un espacio históricos a los que no pertenezco y, aun así, se las arregla para dejarme partido en pedazos tan pequeños, sabiendo que no hay nadie más en el horizonte en quien pueda encontrar cobijo para mi ansiosa alma itinerante.

Pedir permiso para llorar es una cursilería que Alfredo Bryce Echenique encontraría inaceptable. Pedir permiso para soñar, para imaginar qué hubiese pasado si la última página de cada una de sus novelas hubiese conducido a un desenlace distinto, tal vez sería otorgado sin excesos de sentimiento.